

DOLOR

Ann caminó lentamente hasta el borde del acantilado.

Se detuvo.

Cerró los ojos.

Su respiración era agitada; su mandíbula estaba tensa y sus labios casi morados. El agua de la lluvia envolvía todo su cuerpo. Sus mejillas mojadas ocultaban las lágrimas que brotaban de sus ojos rasgados. Su pelo negro, largo y ondulado, flotaba al ritmo del viento que soplaba con mucha energía.

Su vestido, largo y oscuro, de tela vaporosa dejaba entrever la delgadez de su cuerpo.

Un chal de encaje negro abrigaba sus hombros desnudos.

Sus brazos finos estaban pegados a su cuerpo; su mano izquierda sujetaba un violín, y la otra, puño cerrado, el arco.

Ann se aferraba al violín como quien se aferra a la vida.

Empezó a tocar con ímpetu; parecía que las cuerdas iban a romperse al mismo tiempo que las olas rompían contra las rocas del acantilado. Los dedos se desplazaban cada vez más rápidos y con más fuerza. La melodía se mezclaba con el ruido de las olas y la intensidad de la lluvia. Los pies de Ann, desnudos, se ahogaban en la tierra mojada.

Se oyó un trueno. Soltó el arco; el vacío se lo tragó. Extendió las manos ensangrentadas por las heridas; soltó el violín y cayó por el precipicio.

Ann dio un paso hacia atrás. Tomó todo el aire que sus pulmones pudieron abarcar y lo expulsó poco a poco.

Ann se serenó.

Detenida cerca del acantilado notó un impulso por encima de su hombro izquierdo. Giró la cabeza; abrió los ojos. Entonces pudo verle. En su hombro blanquecino reposaba un cuervo negro cuyo plumaje resplandecía. Sus ojos grises y brillantes se fijaron en el ave. Ann sonrió.

La lluvia se detuvo. El cielo esclareció. Las olas se mecían con suavidad.

Ambos se quedaron quietos, mirando el infinito, como si de un cuadro se tratara.

El cuervo emitió un graznido. Se echó a volar.